

La revancha de las sociedades árabes

MIGUEL HERNANDO DE LARRAMENDI

PROFESOR DE ESTUDIOS ÁRABES E ISLÁMICOS/
UCLM

El mundo árabe está en movimiento. Una oleada de protestas lo atraviesa desde que el suicidio a lo bonzo de un joven vendedor ambulante tunecino, en diciembre de 2010, hizo que el caldo de cultivo del malestar socio-económico, de la frustración por la falta de oportunidades y del rechazo a la corrupción y el mal gobierno cristalizase en una oleada de protestas anti-autoritarias de carácter político. Las protestas que desde entonces recorren la región parten de la convicción de que la raíz de los problemas de las sociedades árabes no se encuentra en el exterior, ni en conspiraciones alentadas por terceros países sino en la pervivencia de unos regímenes autoritarios que desde hace décadas rigen los destinos de las sociedades árabes.

El déficit de buen gobierno en la región –puesto de relieve por el PNUD en sus Informes sobre el Desarrollo Humano Árabe– es el factor de fondo que impulsa las demandas de regeneración democrática como base para alcanzar un desarrollo social y económico más equilibrado. Quien las canaliza es una juventud alfabetizada digitalmente, que frente al sentimiento de *hogra* (hastío o abandono) que, hasta hace poco, la dominaba, ha recuperado la autoestima colectiva, alimentada por una toma de conciencia de que pueden ser actores y motores de la transformación política de sus sociedades. Este programa regenerador, sin un liderazgo claro, pero atractivo para otros sectores, proporciona a las protestas una base social amplia, tendiendo puentes entre actores sociales y políticos hasta ahora distanciados, con ideologías, trayectorias y referentes variados. No son revueltas antiamericanas, ni antiisraelíes ni han sido lideradas por movimientos que reivindi-

can un papel más importante para el Islam en la sociedad. Son protestas antiautoritarias que exigen democracia, libertad, dignidad y desarrollo económico. Un hilo conductor en todas ellas es la valentía de sus protagonistas y la pérdida de miedo ante regímenes con feroces aparatos de seguridad.

No todos los regímenes árabes son iguales ni disponen de los mismos recursos simbólicos, financieros, clientelares o represivos para asegurar su supervivencia. Sin embargo, todos ellos se enfrentan al dilema de cómo responder a un nuevo escenario de demandas abiertas de democracia que surgen desde abajo y que se retroalimentan con lo que ocurre en los otros países con una agenda reivindicativa que evoluciona al alza. Concesiones que hace pocos meses hubieran sido aplaudidas como avances significativos en el proceso de reformas hoy son consideradas insuficientes por la sociedad civil árabe.

La imagen de un castillo de naipes desmoronándose no es, sin embargo, previsible. La rápida caída del presidente Ben Ali en Túnez y de Mubarak en Egipto fue posible por la existencia de fisuras internas

dentro de los regímenes que se agrandaron tras el inicio de unas movilizaciones ciudadanas convocadas a través de las redes sociales y retransmitidas en directo por televisiones vía satélite como Al-Jazeera. En ambos países el papel del ejército fue decisivo para que tuviera lugar la rápida caída de los regímenes. Su negativa a utilizar la fuerza y la presión ejercida por la cúpula militar para que los dos

“Más allá de cuál acabe siendo el desenlace de la tendencia democratizadora en la región las formas de ejercicio del poder no serán iguales”